

Nº36.  
28.NOVEMBRE  
1926

PAGINAS

EXTRAORDINARIAS

DE

El Día Gráfico.

LOS GRANDES CUADROS  
DE LOS  
MUSEOS ESPAÑOLES.

"Un Cardenal," cuadro de Tin-  
toretto, en el Museo del Prado.

705



(Rob. N. Portugal. Archivo. J. Laurant y Cia. Madrid.)

*El templo de  
San Pedro  
de Galligano  
de Gerona.*



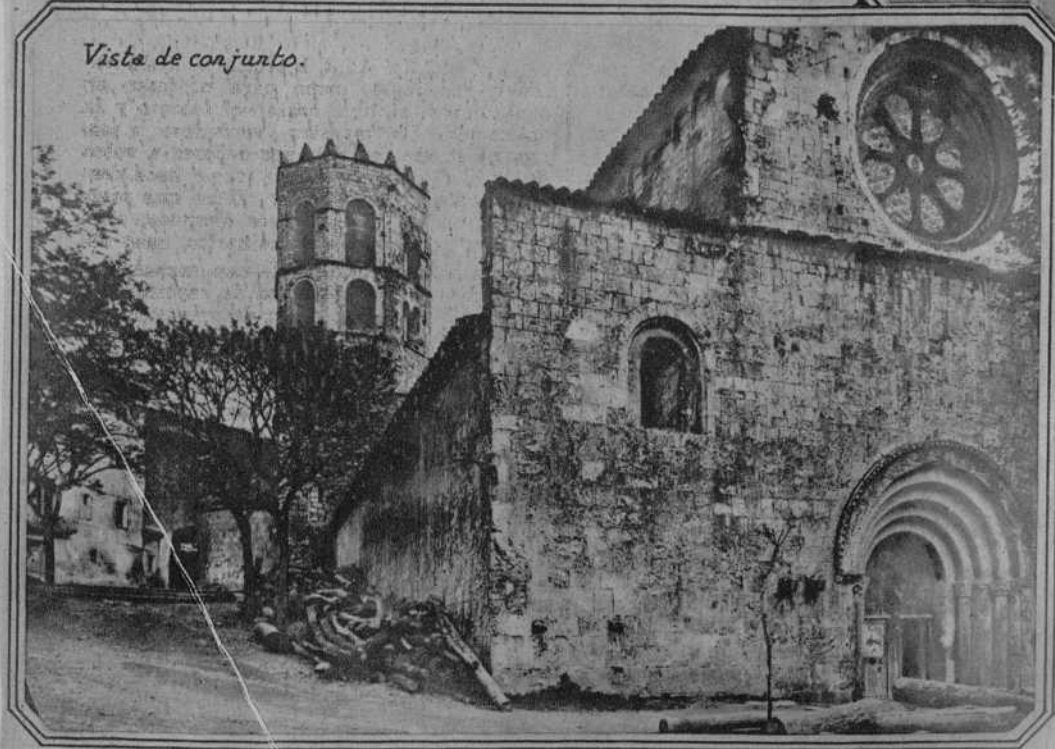
*Los claustros.*



*Interior del templo.*



*El abside.*



*Vista de conjunto.*

*Está grabada en las piedras de Gerona la historia de Cataluña. Tiene, en la iglesia de San Nicolás, un templo románico en su cenobio y un recuerdo de la guerra de los remensas en la fortificación de sus absides; la heroica defensa por nuestra independencia, en las señales de las bombas napoleónicas y un monumento mozárabe en el templo de San Pedro de Galligano, que reproducimos.*

*(Fots. Mas).*

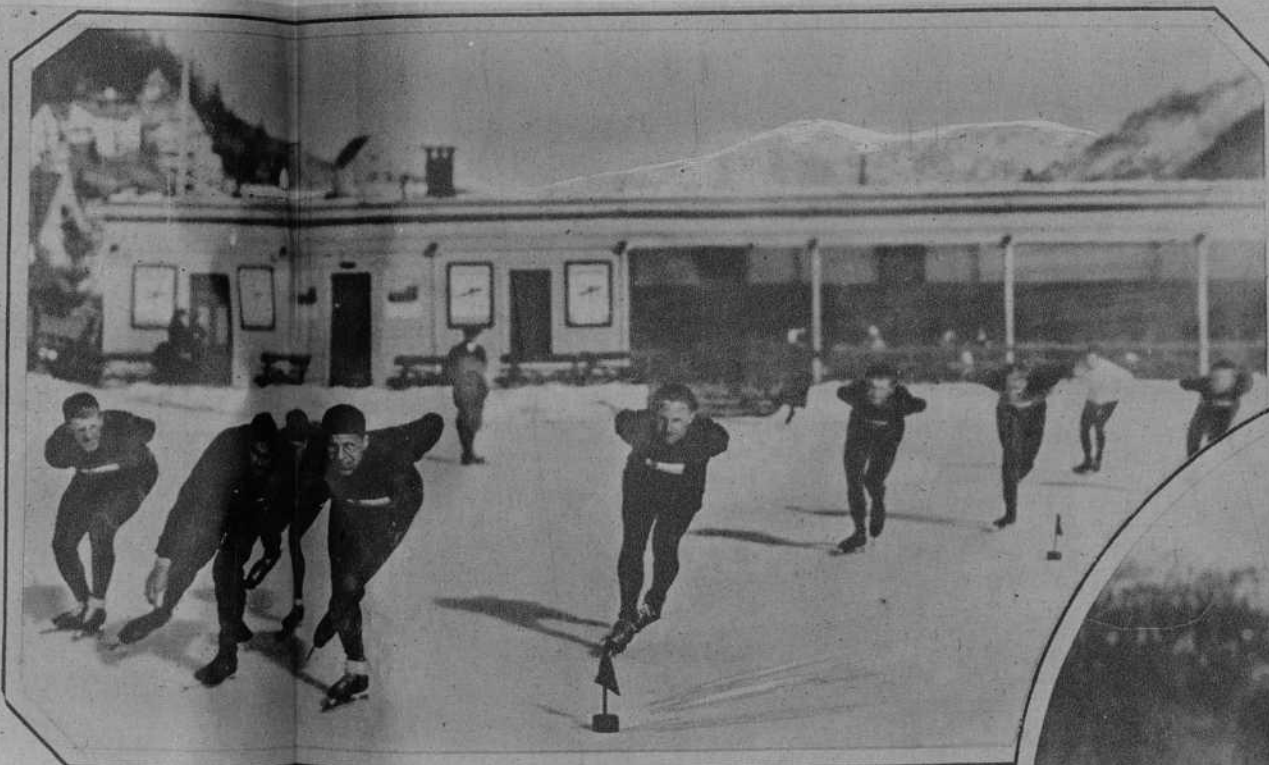
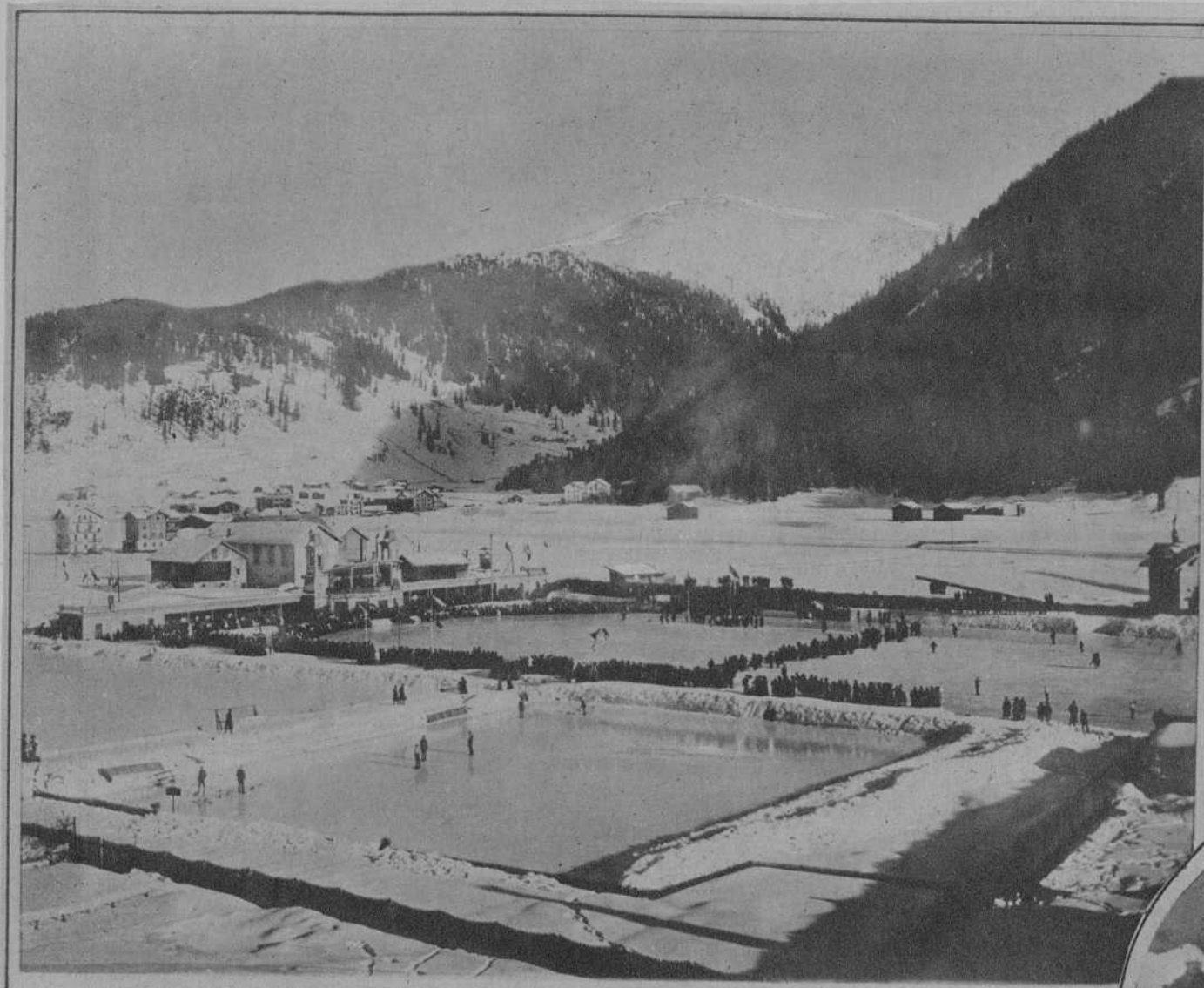


*Las imágenes medievales  
de Cataluña.*

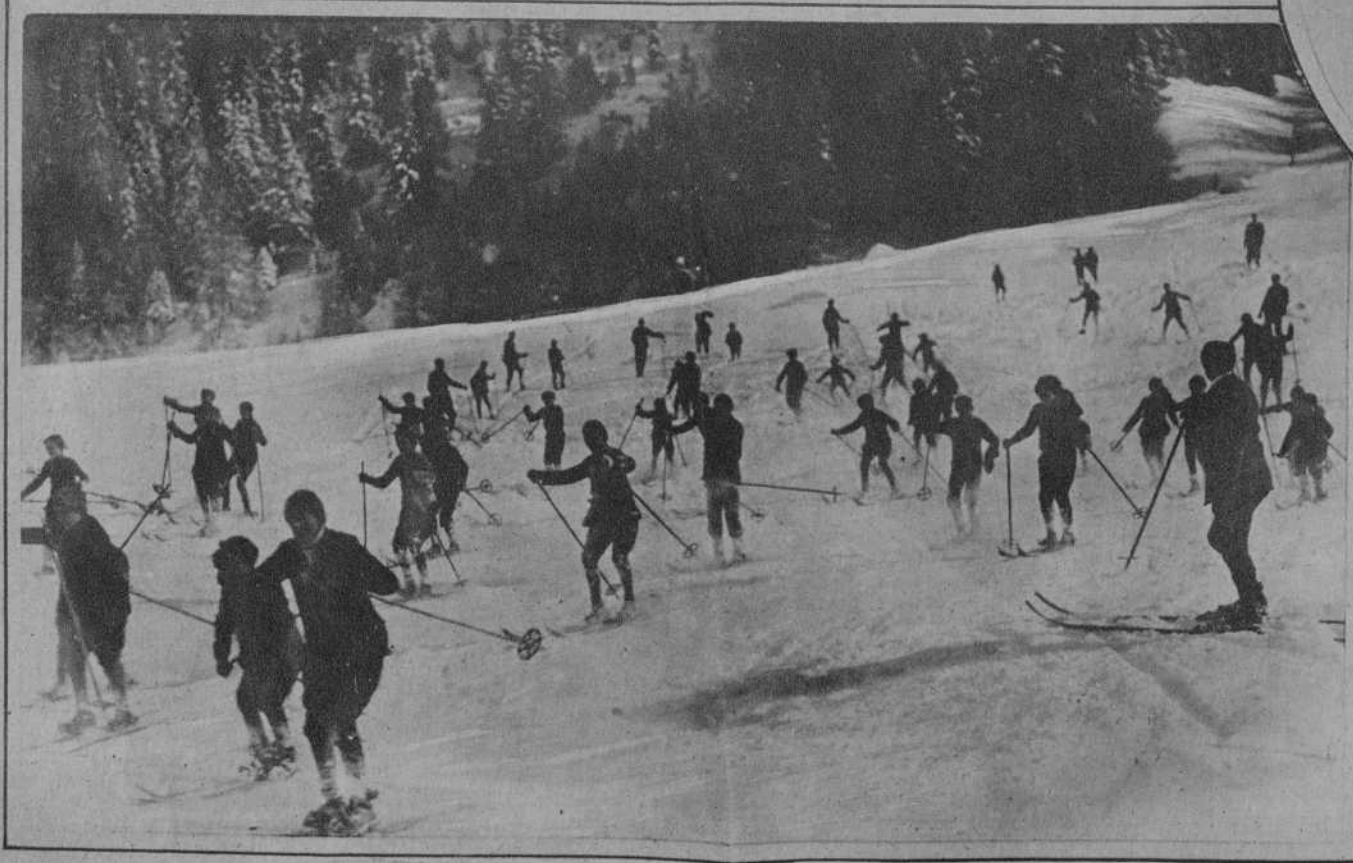
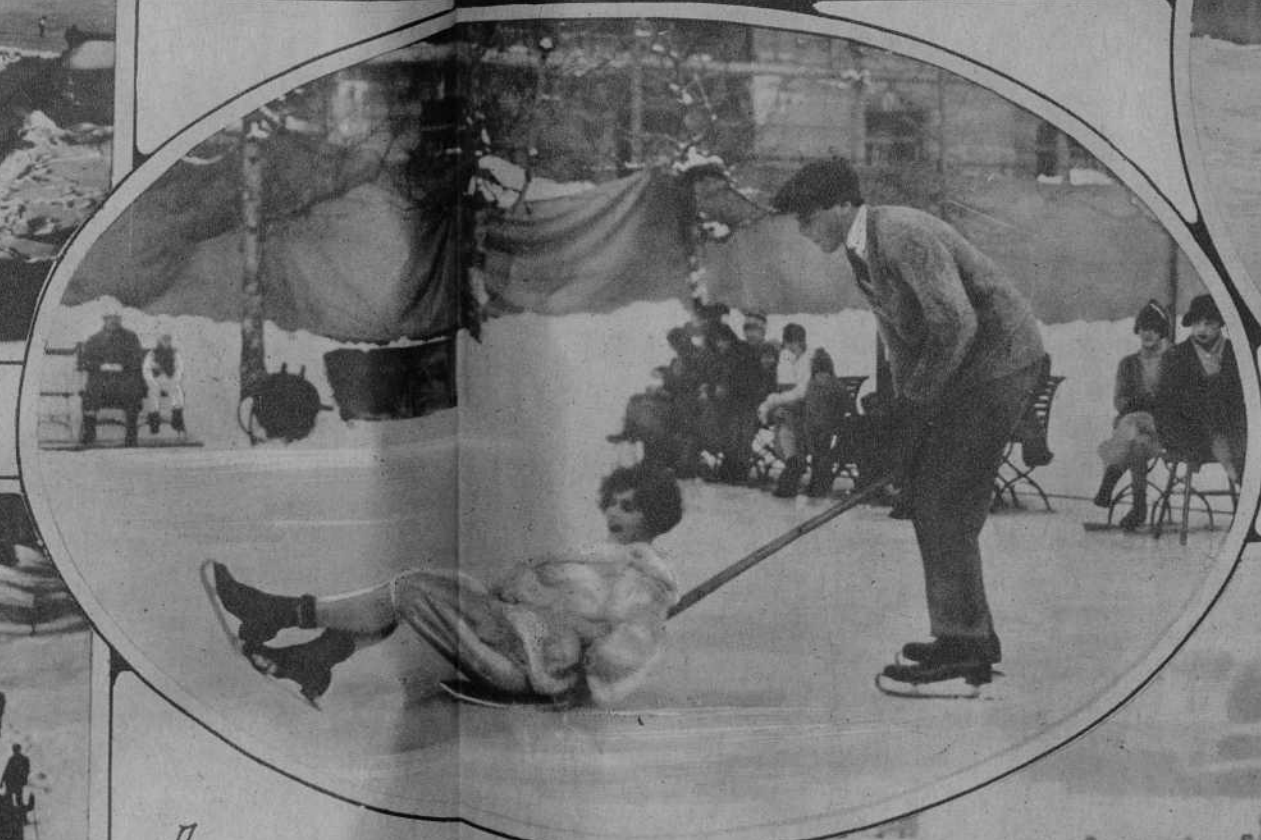
*Imagen dorada y policroma-  
da del siglo XIII, en el Museo  
de la Ciudadela.*



*(Fot. Vidal y Ventosa).*



*El invierno  
y sus sports.*

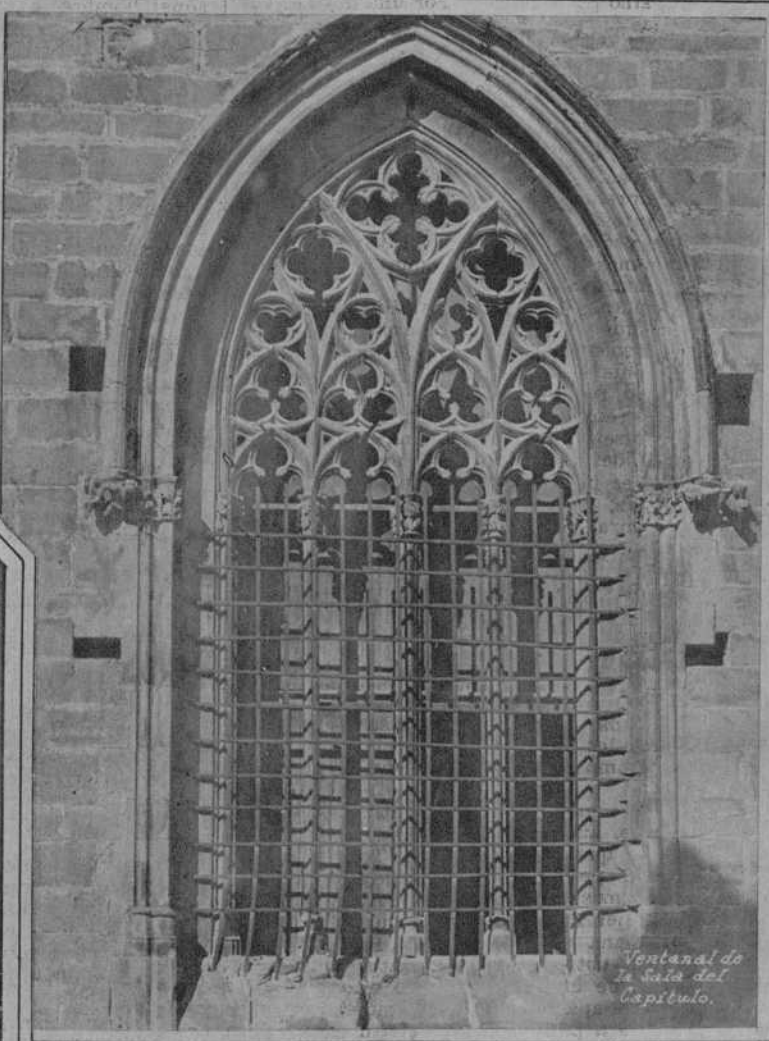


En nuestra tierra, todavía no aparecieron las nieves, que ya en los pueblos del invierno murdano de Europa, atraen a los turistas y a los sportsmen. Los hoteles de Saint Moritz, en Suiza, de Chamonix, en Francia y de Davos, en Alemania, abren sus puertas, y por el hielo de sus campos, los cultivadores de los sports de invierno, pasan con sus patines, sus slis y sus trineos, poniendo en las blancas perspectivas su gimnasia y su buen humor. ■ ■

(Fots. Scherl).



# La Catedral de Tortosa.



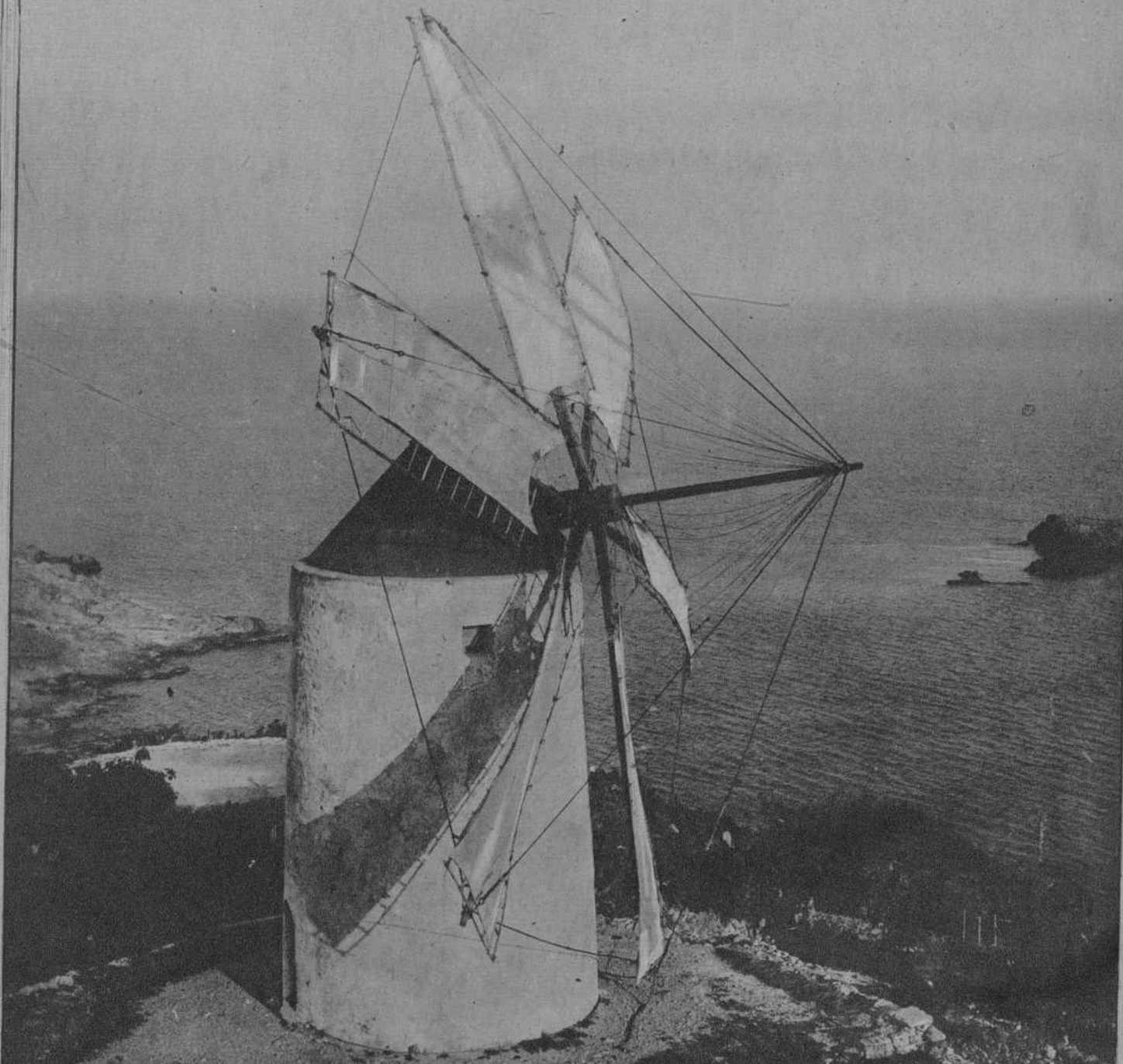
La antigua Tortosa, que cobró Ramón Berenguer, vió levantar, en el siglo XIV, una soberbia catedral, en cuyo edificio no se sabe si es mas de admirar si el encaje de sus pétreos calados o la bella línea que dibuja todo el gótico edificio.

(Fts. Mas)



*Los bellos paisajes de Olot.*

*Los paisajes de Olot han cautivado a varias generaciones de artistas. Su belleza ha inspirado la escuela olotina, que tanto relieve ha dado a la pintura catalana. (Fot. Vayreda).*



*Ibiza, conserva todo el carácter  
de una ciudad insular. Junto a  
ella, en un monte, se alzan ocho  
molinos de un blanco romanti-  
cismo, que recogen el viento del  
mar azul.*

*(Fot. Viñeti)*

# El amor de Franz Burner

Novela corta, original de FRANCISCO CARAVACA

I

«En todos los tiempos han ejecutado las mujeres acciones nobles...»

(Orlando Furioso, Canto XX.)

Un día, Hans, que ocupaba una habitación contigua a la mía en aquella despreciable pensión italiana próxima al puerto de San Juan, me llamó desde su cuarto. Hacía algunos minutos que habíamos terminado de almorzar. Será inútil especificar aquí que nuestro almuerzo, como todo en aquella abominable casa del bolognés Pietrino, era detestable.

Como el nombre indica, Hans Burner era alemán. Había nacido en Breslau y se había educado en Berlín. Era un sujeto alto y fuerte, de roja y crespa pelambreira rebelde, de anchuroso torso de atleta y cortas piernas, algo arqueadas como las de un jockey. Tendría a lo sumo treinta y cinco años; de franco semblante, que revelaba a un tiempo la decisión, la franqueza y la fuerza.

Actuaba de gimnasta trapecista en un circo ambulante, una especie de Barnum, que había dado tres veces la vuelta al mundo.

Conocía, aun cuando fuere imperfectamente, lo menos seis idiomas, entre ellos el francés, inglés, italiano; algo de español, muy poco; un poco menos el portugués, y un poco más el ruso, que hablaba corrientemente con su compañera de número, una rubia y sensual ucraniana, que daba el doble salto mortal con una naturalidad prodigiosa.

Desde hacía varios años, Alejandra Ramsaky y Hans Burner venían actuando en todos los puntos del globo, y formaban un número verdaderamente sensacional, que llenaba todas las noches el Circo.

Algunos compañeros de Hans, que también se hospedaban en la pensión de «signor» Pietrino, susurraban levemente que la pareja de gimnastas trapecistas estaban unidos por lazos mucho más fuertes que los del trabajo en compañía. Alguien aseguraba que Hans Burner y Alejandra Ramsaky estaban casados desde hacía mucho tiempo, y contaba una bella historia de trágicos amores, según la cual mi amigo Hans hubo de sorprender a su esposa en brazos de un amante. Y, lejos de matarla, el esposo la perdonó; y desde aquel día ambos vivieron en una perfecta inteligencia, si bien no faltaba quien afirmase que Hans Burner sabía y aun toleraba que su joven esposa—a la que amaba profundamente—tuviese nuevos amantes, de una forma regulada y periódica, según se lo imponía su ardiente temperamento y su caprichosa voluntad.

Repetiré, sin embargo, que nada de todo esto suponía yo rigurosamente cierto, y, por lo tanto, yo nunca dí gran crédito a semejantes habladerías.

Hacía cosa de un mes que el Circo Beke-low, cuyo director, empresario, propietario y «regiseur», todo en una pieza, era el señor Arcady Bekelow, un anciano moscovita de duras facciones, pero blando corazón, había debutado en Marsella.

Las calles desiguales, sucias y abigarradas de esta población mediterránea, vieron pasar todo el pintoresco y barroco cortejo de coches, en cuyo interior se exhibían, pintarrajados y vestidos de colores, toda la numerosa «troupe» que componía el respetable Circo Bekelow. Los corpulentos elefantes africanos, los caballos de ensanchada grupa y recortadas crines, como los de

una cuádriga romana, y los camellos de torcido cuello y doble joroba, cruzaron ceremoniosamente las calles de Marsella al son de una insignificante y desafinada charanga.

Hans Burner, que gozaba de la consideración y respeto de toda la «troupe», y yo, íntimamos antes de convivir una semana en la misérrima pensión de aquel maldito «signor» Pietrino.

Era franco su carácter, muy expansivo; y su cultura, algo desordenada y confusa, era, desde luego, muy superior a la de muchos hombres que ocupan altos puestos en Academias y corporaciones de Letras o de Ciencias.

Al entrar en el cuarto, siempre en desorden, de mi amigo Hans, cerré la puerta.

—Sí, sí, cierre usted—dijo con su marcado acento sajón, en un correcto francés, tendiéndome su bolsa de cuero llena de negro tabaco siciliano—. Tenemos que hablar.

—Con mucho gusto—respondí, llenando hasta los bordes de mi culotada pipa de escayola.

Aunque hacía una magnífica mañana de sol, de un sol espléndido, resplandeciente sobre el azul intenso del cielo marsellés, que arrancaba débiles reflejos a las verdosas aguas del puerto, henchido de velámenes y enronquecido por el atronar de silbatos y sirenas, cuyas estridencias llegaban de vez en cuando hasta nuestro cuarto, en el de mi amigo Hans Burner había que tener siempre la luz eléctrica encendida.

Mientras daba crema a sus rojos zapatos de gruesas suelas, Hans, en mangas de camisa, colorado el rostro recién afeitado, y llenando la habitación con el grisáceo humo de su pipa y la mfa, me dijo:

—Siéntese usted... No, ahí no: esa silla está rota... Aquí...

Yo obedecí.

Hans dejó los zapatos y el cepillo encima de una mesita, y volviéndose hacia mí puso sus manos pesadas y velludas sobre mis hombros.

—Usted es un hombre inteligente y yo puedo prestarle un buen servicio—dijo brevemente.

—A sus órdenes, amigo Burner—respondí sonriendo ante la apreciación de mi amigo.

—Para ello—prosiguió Hans—le he llamado. En el poco tiempo que hace que nos conocemos, ha logrado usted inspirarme una gran confianza...

—¡Muy reconocido!—dije riendo.

—Bien, riase usted cuanto guste, amigo mío. Yo puedo hacerle un servicio; yo puedo darle asunto para una novela, para una de esas hermosas novelas que usted sabe escribir... Se trata de un asunto, si no muy interesante ni original, en cambio muy humano... Usted le dará la forma que guste, omitiendo ciertos detalles que quisiera que permaneciesen en silencio; cambiaría usted algunas cosas y evitaría usted el decir otras... ¿Le parece, amigo mío?...

He de confesar aquí mi extrañeza ante las palabras de Hans, pues yo ignoraba que él hubiese leído ninguna de mis obras, y mucho menos podía yo imaginarme que le mereciesen tan buen concepto. No obstante, agradecí sinceramente sus palabras de elogio y le respondí:

—Desde luego; me parece muy bien todo eso, pero...

—¿Qué?...—dijo Hans.

—Ese asunto, ¿lo ha ideado usted?...—pregunté.

—¡Oh, no!—respondió gravemente, quitándose su pisa de la boca—. Es un asunto real... real... quiero decir que ha suce-

dido. Si usted quiere acentuar lo que le ofrezco, seguramente le convendrá conocer ciertos antecedentes y pormenores interesantísimos, antes de que le entregue los pequeños capítulos de la triste historia de Franz...

—¿De Franz?... ¿Quién es ese Franz?—pregunté extrañado.

—Franz, Franz Burner fué mi hermano, y los capítulos a que me he referido están escritos por una mujer, una hermosa mujer llamada Agatha, hija del hombre sabio Harmopaulos, el sabio griego, del cual fué discípulo y ayudante mi hermano hará cosa diez años... Leonidas Harmopoulos, el sabio griego a quien aludo era un hombre muy singular, muy raro: una especie de mago de la Edad Media, un hechicero y nigromante, discípulo en ciencia astrológica del gran Galeoto, gran amigo de la Alquimia de Nicolás Flamel, y de la Cábala, que tenía nada menos que la pretensión de haber vivido un sinnúmero de generaciones, haciéndose, por tanto, en sus conocimientos y conversaciones, contemporáneo a todas las edades del mundo, desde la existencia de los «yoguis» y brahmanes indios hasta nuestros días...

Y el picaro hablaba con tanta seguridad y aplomo sobre todas las ramas del saber humano, que, en verdad, parecía que realmente hubiese vivido una porción de existencias para ir atesorando tanta ciencia.

Sin embargo, fíjese usted que todo esto era pura superchería; pues, a pesar de sus preexistencias, de sus recuerdos o evocación del pasado, y de su especie de inmundidad lóngeva que Harmopoulos se atribuía con sin igual descaro, murió hace seis años, estrangulado por un espíritu. Y lo más singular del caso, es que la Justicia pudo comprobar que la persona señalada por la hija de Harmopoulos—testigo presencial del asesinato—como autor de éste, no lo había cometido, puesto que la noche en que se llevó a efecto, y a la hora misma en que el viejo sabio griego perdía la postrera de sus existencias, la única positiva, el supuesto asesino no salió de su casa, según datos irrefutables que los Tribunales hubieron de reconocer.

No obstante, el pretendido autor, con gran estupor de los jueces, que se creían hallar frente a un proceso de magia en el siglo XIII, confesó que la muerte del viejo Leonidas Harmopoulos no le sorprendía, sino antes bien, la esperaba y tenía noticia de ella desde hacía mucho tiempo. Y lo que colmó la medida del asombro de los Tribunales, fué cuando Giacomo Gotta, que así se llamaba el acusado, manifestó que el autor del crimen había sido su espíritu, su otro «yo», la encarnación malvada de su alma, forma inmaterial desprendida de su ser...

Este proceso produjo extraordinaria sensación; y a falta de pruebas Giacomo Gotta fué puesto en libertad. Después he sabido que Agatha, la hija del sabio griego, y Giacomo habían sido amantes, que vivieron juntos dos años, hasta que la muchacha murió de tuberculosis, y su amante se volvió loco... ¡Toda una tragedia!...

Como verá usted, la historia, aun cuando yo no la conozca con todo detalle, no deja de tener algún interés. Y especialmente para ustedes, los escritores, que saben sacar partido hasta de lo más insignificante...

Aquí mi amigo Hans Burner se detuvo y reflexionó.



## II

—Esos breves rasgos que le he contado a usted, esas historias unidas de vidas distintas que para nada tienen que aparecer en el relato que usted haga de la muerte de mi querido hermano, se los he narrado a título de antecedentes para que conozca la clase de gente entre quienes convivía Franz—reanudó Hans, después de algunos momentos de silencio, que aprovechamos para volver a llenar nuestras pipas.

—Sabrá usted que a la edad de doce años Franz y yo quedamos huérfanos de padre y madre, completamente desamparados y sin medio alguno de valernos de nuestras débiles fuerzas y escasos conocimientos para procurarnos el sustento. Al principio, nuestro tío Wolfgang, que vivía en Munich, donde tenía una tienda de antigüedades, nos recogió a Franz y a mí. Pero los malos tratos de que nos hacía objeto nuestro respetable tío, que por causa de sus dolencias crónicas, tenía un humor de mil diablos, hizo que al poco tiempo de vivir bajo su tutela, yo buscara mi emancipación y huyese de su casa...

Desde muy niño he tenido una gran fuerza, fuerza que después el ejercicio ha desarrollado ampliamente. No hallando otro medio, en mi desamparo de entonces, de ganarme la vida, me presenté al viejo Arcady Bekelow, que me tomó a su servicio, empleándome en el Circo, al cuidado de la limpieza de las jaulas de los tigres y leones. Al lado de esta respetabilísima compañía, entre sus rugidos y pestilencias, lleno el cuerpo de las caricias de sus zarpas, en inevitables momentos de descuido, he visto deslizarse los mejores años de mi existencia... Después formé mi número, y desde entonces soy absolutamente independiente, aun dentro del servicio del Circo Bekelow.

De este modo fué como yo logré evadirme de las brutalidades tutelares de mi tío, que Dios confunda; pero no así mi hermano, que, más indeciso que yo, se atemorizó y continuó soportando los negros humores de aquel viejo tío déspota que le hacía levantar a las cinco de la mañana en invierno.

En la industria de mi tío Wolfgang, como en la de muchos hombres, había una parte real y otra aparente. La aparente era la pública venta de todo género de antigüedades, desde los arcones góticos y bizantinos del siglo VIII, hasta los mosquetes y arcabuces del reinado de Luis XIV... Pero su industria real era ¡el muy ladino!... la falsificación de firmas, cosa que sabía hacer con una prodigiosa habilidad. Esto, naturalmente, le reportaba grandes sumas; por lo tanto, mi viejo tío era rico, considerablemente rico. Todos estos detalles los he sabido yo después de su muerte, acaecida no ha mucho tiempo.

Y como cada vez aumentan sus dolencias, y sus achaques eran cada vez mayores, tío Wolfgang quiso instruir a mi hermano Franz en su industria. A fuerza de golpes y de privaciones de todo género, mi hermano llegó a falsificar algunas firmas bastante bien. Pero aquello no bastaba: era preciso una perfección tal que no hubiese medio humano de poder descubrir el fraude. Y esto, claro está, no lo conseguía Franz.

De este género de vida vino a sacarle cierto día un caballero de rostro venerable, de plateadas barbas, al que, Franz, aprovechando una corta ausencia de mi tío, le contó todas sus desgracias, aunque cuidando muy bien de no descubrir la lucrativa profesión que el viejo había venido ejerciendo durante largo tiempo. El caballero aquel, cliente asiduo del establecimiento de tío Wolfgang, gran rebuscador de monedas y manuscritos antiguos, tomó a Franz a su servicio.

—Yo te instruiré en mi ciencia y serás un hombre de provecho—le dijo proféticamente.

He aquí de qué manera mi hermano pasó a ser ayudante, primero, y más tarde discípulo del griego Harmopulos, el padre de la hermosa Agatha.

Mientras esto sucedía, yo proseguía mis viajes con el Circo Bekelow, y no tenía noticia alguna de Franz.

Fué en Viena, donde una noche, después de terminado mi número, se apareció ante mí Franz. Había presenciado mi trabajo, reconociéndome al punto. Se debió a esta feliz casualidad el que fuésemos la fortuna de poder abrazarnos por la que había de ser última vez, pues tanto Franz como yo ignorábamos respectivamente que estuviésemos en la misma capital. Charlamos largamente, y entonces él me contó todos estos detalles que yo acabo ahora de transmitirle a usted. Después nos volvimos a separar.

No he vuelto a saber nada durante mucho tiempo de Franz; hasta que un día, hace cosa de ocho años, recibí en Budapest un voluminoso paquete conteniendo las páginas que constituyen la historia del gran amor de mi hermano Franz y una carta, anónima, pero que yo supongo que sería de la hija del griego a cuyo lado vivió Franz. En dicha carta me comunicaba la muerte de mi hermano, ocurrida en trágica circunstancias. Dicha carta he debido perderla en alguno de mis continuos viajes, pues durante estos últimos tiempos hemos viajado incesantemente.

Las cuartillas que componen la historia que le he prometido las conservo en mi poder y se las voy a entregar...

Y después de buscar durante algunos minutos en el revuelto fondo de su baúl, lleno de ropas, zapatos y revistas y programas en todos los idiomas del mundo, Hans extrajo un puñadito de cuartillas, escritas con una letra menudita y desigual...

Hojó Hans las cuartillas y, depositándolas en mis manos, exclamó:

—¡Ah, espere usted!... Faltan algunas, que seguramente deben haberse quedado ahí...

Por espacio de cinco minutos siguió buscando y revolviendo aquel mar de trapos de todos los colores. Alzando, por fin, la cabeza, con el semblante un poco pálido, Hans dijo:

—¡No las encuentro!... Sin duda deben haberse perdido en este último viaje... Al hacer el equipaje en Lyon, recuerdo perfectamente haberlas visto... No sé, no sé...

—¿Faltan muchas?—pregunté vivamente interesado.

—Lo menos quince.

—¡Oh, no son muchas!—dije—. ¿Son sucesivas?

—Sí; creo que son las quince primeras. Contamos y, en efecto, faltaban las quince primeras cuartillas.

—¡Es una lástima!—exclamé—. Pero, en fin... Veré de arreglármelas como pueda con las restantes y los detalles que ya conozco...

—¿Usted cree que podrá?...—dijo Hans algo inquieto.

—Pienso que sí—respondí resuelto a no dejarme arrebatar aquella preciosa presa, tan sabrosa para mi voracidad literaria.

—No, no podrá—prorrumpió Hans después de una larga pausa.

Aquello me contrarió profundamente; ocultando mi enojo, dije a mi amigo:

—En este caso, ¿qué hacemos?...

Hans vaciló un momento, mientras volvía a llenar su pipa. Yo, inconscientemente, con esa codicia del profesional, estrechaba fuertemente entre mis manos las cuartillas, sintiendo ya en ellas el palpitante de todo un mundo de sensaciones complejas.

El rostro de Hans Burner se había ensombrecido un tanto.

—Haga usted lo que quiera—dijo al fin.

Yo dí un ancho suspiro de satisfacción. Complacido respondí, no curándome de disimular mi alborozo:

—Bien, querido Hans... Ahora, dígame usted: ¿cómo era el carácter de su hermano, sus inclinaciones, sus sentimientos?... Nada me ha dicho usted sobre este particular, que es muy interesante, pues constituye la base moral de toda narración... Sería conveniente saber...

—¡Oh, no!—atajó Hans sonriendo tristemente—; no hace falta... Está admirablemente retratado el carácter de Franz por la pluma de Agatha Harmopulos...

Nos dimos un fuerte apretón de manos, y salí de la habitación de Hans.

Momentos después, desde mi cuarto, sentí algo muy parecido a un sollozo ahogado... Hans Burner no seguía dando crema a sus rojos zapatos...

## III

Pasaron algunos días, en los cuales no volví a ver a Hans. Ni a la hora del almuerzo ni de la comida acudía al salón, aquel hermoso salón frente al puerto, cuyos balcones al mar era lo único aceptable de aquella casa. Varias veces pregunté por él.

—El señor Burner come en su habitación—me respondía el camarero.

—¿Se encuentra enfermo, quizás?—interrogué.

—No, señor; pero ha dado orden de que se le sirva en su cuarto.

Aguardé aún algún tiempo, esperando que Hans me llamara para conocer mi opinión sobre las cuartillas que me entregara, que, con todo y la ilusión que en mí habían despertado, desde el primer momento, después de leídas resultaron doblemente interesantes.

Las leí con gran avidez, lamentándome de la falta de aquellas quince primeras cuartillas, donde seguramente se hallarían los más curiosos antecedentes sobre los comienzos del aprendizaje de Franz Burner al lado del filósofo cínico Leonidas Harmopulos, y la explicación del género de conocimientos, artes o ciencias en que este sabio instruía al joven alemán...

Pasaron los días y Hans no daba señales de vida; continuaba permaneciendo encerrado en su cuarto todas las horas del día. Sólo al atardecer salía a dar un paseo o a beber cerveza según su costumbre sajona. Regresaba a la pensión; cenaba en su estancia y después se iba al Circo. Terminado el espectáculo, yo le sentía llegar. Desde mi cuarto le oía desnudarse y meterse en el lecho; después apagaba a luz, y durante un largo rato sentía su respiración poderosa y acompasada... Indudablemente, permanecía despierto hasta muy tarde.

Una noche, esperé el momento en que acababa de regresar del Circo y llamé a la puerta de su cuarto.

—¡Eh!... ¿Quién es?—exclamó en tono agrio.

—Abra usted, Hans; soy yo...

Entré en la habitación. A un lado permanecía abierto el inmenso baúl, y varias piezas de ropa se hallaban diseminadas por encima de los muebles...

—Mañana salgo de Marsella—aclaró Hans—. Me alegro de verle. Pensaba haber ido a su cuarto para despedirme de usted, amigo mío...

En su entonación había tal acento de tristeza, que comprendí que algo muy grave sucedía a mi buen amigo Hans Burner.

—¿Abandonan ustedes Marsella?...—interrogué.

—No, no; yo solo... Dejo la compañía... Regresaré a Alemania...

—¿Y el número?... ¿Se ha deshecho su número?...—insistí extrañado.

Hans me miró un momento en silencio. Después dijo:

—Usted no sabe nada, ¿verdad?...

—¿De qué?... ¡Explíquese!...

—Sí, se lo explicaré—dijo señalándome una silla—; pero siéntese... Usted sabe que desde hace algún tiempo nuestro número «El Trapacio de la Muerte» era quizá lo más sensacional y atrayente de todo el espectáculo del Circo Bekelow. Es un número difícil, que requiere una constante exposición de la vida. Pues bien, el número se ha deshecho para siempre...

—¿Ha reñido usted con su compañera?...

—¡Bah!... ¡Eso tiene fácil arreglo!... Seguramente harán ustedes las paces...

Hans tornó a mirarme muy tristemente.

—Se engaña usted, amigo mío, se engaña usted... Dígame: ¿usted no sabe quién era mi compañera?... ¿No sabe nada?...

—¡Oh, muy poco!... Sé que es una hermosa mujer rubia... y que es rusa...

—Sí, en efecto; Alejandra Ramsaky es

rubia, muy hermosa... es rusa y es... mi mujer...

—¡Ah!—prorrumpí sin poderme contener.

—¿Lo sabía usted, verdad?—dijo Hans.

—Me lo dijeron; pero no lo quise creer...

—¿Por qué?... ¿Por qué no quiso usted creerlo?...

—¿Qué sé yo!... ¡Se dicen tantas cosas!...

Hans guardó silencio un momento. Una sonrisa de irónica duda flotaba en sus labios.

—No, no fué por eso—dijo—. A usted le dirían seguramente cosas un poco denigrantes para mí... Sí, se lo dirían; estoy seguro de ello... Pues bien; oiga usted: ello es cierto...

No pude reprimir una sonrisa de despecho. Hans lo notó y prosiguió:

—Le suplico que no forme un mal concepto de mí, sin antes escucharme hasta el fin... Es cierto todo cuanto le hayan dicho acerca de Alejandra y de mí; salvo una cosa, que usted, si es un caballero y si siente algún afecto por este pobre Hans Burner, me hará la justicia de creer conmigo que ni es cierta, ni puede ser cierta... ¿Usted ha comprendido a qué me refiero?...

Si mi esposa ha tenido amantes y yo los he tolerado, con el alma desgarrada de rabia y de dolor, no ha sido, como algunos miserables aseguran, por villana especulación, sino por cobardía. Por una de esas cobardías del hombre, tan inexplicables como verdaderas, que el vulgo no puede comprender... Ahora todo ha terminado entre Alejandra y yo... Hace cinco días que ha huído con alguien que no conozco... probablemente con algún nuevo amante...

Ahora ya puedo contarle toda la verdad de mi vida al lado de esta mujer.

Comprendí que Hans decía la verdad. Hay momentos en la vida en que el hombre no puede decir otra cosa sino la verdad. Tendí las manos a mi amigo, que las estreché emocionado.

Después, con una impasibilidad nórdica, de la que seríamos materialmente incapaces nosotros, gentes del Mediodía, Hans ofrecióme su negro tabaco y, sentándose a mi lado, reanudó:

—Yo conocí a Alejandra hará cosa de cinco o seis años, durante una larga permanencia del Circo Bekelow, en Moscov. Mi mujer es ucraniana. Cuando la conocí era huérfana; tenía veinte años y era de una hermosura extraordinaria. Sus cabellos, ahora casi rojizos por las lociones y los teñidos, eran entonces de un rubio dorado. Sus ojos verdosos como las irisaciones de dos profundas esmeraldas... y su nes de dos profundas esmeraldas... y su boca... Muy hermosa en total...

Tenía cierto lejano parentesco con Arcady Bekelow, que fué quien me la presentó una tarde en que paseábamos por uno de los jardines de Moscov. Alejandra iba acompañada de una vieja pariente suya.

Con la presentación simpatizamos prontamente, aun cuando yo puedo asegurarle a usted que desde el primer momento me enamoré perdidamente de Alejandra.

Entramos en relaciones. Alejandra es una mujer muy especial. De una vehemencia rayana en la idolatría. Puedo asegurarle a usted que la literatura francesa influyó de un modo decisivo en el temperamento apasionado de mi mujer, contribuyendo a pervertir su espíritu desde muy joven. Claro, que yo me refiero a cierto género de literatura morbosa... En su residencia, en Moscov, al lado de la vieja Ivoha que la adoraba, Alejandra no hacía sino leer.

Sea como fuere, el hecho es que seis meses más tarde, cuando el Circo Bekelow dejaba Moscov para debutar en París, Alejandra Ramsaky era la esposa del atleta Hans Burner.

Tengo la seguridad absoluta de que mi mujer me amaba cuando nos casamos. Si no, ¿cómo se explica usted que ella, una señorita educada y rica, consintiese en unirse a un artista de circo y le siguiese en su ajetreada vida aventurera a través

del mundo entero?... Pues bien; aún hay algo de más sorprendente en la conducta de Alejandra en aquel entonces. A los tres meses de casados, ella, que era una mujer decidida y valiente fué la que me sugirió la idea de formar un número sensacional.

Era robusta como yo, gozaba de una excelente salud, y la idea me pareció realizable. Después de un año de ensayos, sufriendo algunas caídas, que ella soportaba con singular estoicismo, Alejandra estuvo en disposición de trabajar en mi compañía. Hablé a Arcady Bekelow, que acogió mi propósito con entusiasmo.

De esta forma fué como se compuso este número arriesgado que yo, y una vuelta al mundo, y que ha producido un entusiasmo loco en los públicos de las grandes capitales de Europa.

Todo esto, no me negará, amigo mío, que es suficiente para inspirar confianza, seguridad y amor en el corazón de un hombre, máxime en el mío que sentía una verdadera adoración por Alejandra...

Y no obstante...

Fué en París, donde cierto día la sorprendí en brazos de un hombre, casi un niño... Como no había notado irregularidad alguna en la conducta de mi esposa, este cruel descubrimiento me produjo un asombro y un dolor extraordinarios...

Un puñetazo asestado en pleno rostro de aquel hombre, quitóle seguramente el deseo de acercarse a ninguna mujer en lo futuro.

En cuanto a mi esposa... Dígame: ¿que cree usted que debía hacer yo en aquel momento?... ¿Matarla?... ¡Sí, sí, matarla... Otro hombre, usted mismo, la hubiera matado...; pero yo, yo... ¡la amaba tanto!...

Aquello pasó. Entre nosotros hubo una breve explicación, en la cual, Alejandra, con una frialdad espantosa, me declaró, que no me amaba ni poco ni mucho, ni nada, y que ella haría lo que le pareciese, es decir, que se consideraba libre, completamente.

¡Ah, cómo sentí yo la sangre agolparse en mi cerebro, y como mi puño cerrado se estremecía convulso deseando aplastar a aquel ser frío, egoísta!... Pero, vea usted: yo fui un cobarde, he sido un cobarde... El temor de perderla para siempre, de no poder seguir viendo el oro de sus cabellos y el verde misterioso de sus pupilas perversas, ha hecho de mí un guiñapo, un ser miserable que ha consentido que su mujer tenga otros amores que los de su esposo...

Yo no sé como la Sociedad juzgará esta conducta mía; yo no sé cómo usted mismo la considerará, pero de todos modos, fuere como fuere, recuerde usted siempre que el pobre Hans ha sufrido mucho.

Aquí Hans enmudeció: golpeó la pipa contra el borde de la mesa y se levantó: del interior de un armario extrajo una botella de ajeno y una copa grande que llenó hasta los bordes, bebiéndosela de un sorbo.

Yo no traté de impedirlo. Sentía una gran zozobra que me impedía prestar consuelo alguno a Hans.

Le tendí mis manos. Hans las estreché con efusión, alterado el semblante...

Me encaminé hacia la puerta. Desde allí le dije:

—¡Animo, Hans Burner, ánimo... Algún día nos veremos en Alemania...

Y salí, mi consuelo no podía ser más estúpido.

Tengo la absoluta seguridad de que Hans, lejos de regresar a Alemania, ha emprendido una peregrinación en pro de su esposa...

¡Siempre he creído que las mujeres rubias son más truculentas de lo que parecen!...

## IV

Confieso que he sentido la tentación de prescindir por completo en esta historia, del relato del amor y la muerte de Franz

Burner, pues había observado en la narración de las peripecias conyugales de la vida de Hans, como en el misterio de la muerte del griego Harmopulos, más emoción e interés tal vez, desde el punto de vista novelesco, que el contenido en las páginas escritas por la hermosa Agatha.

Pero, cumplí mi promesa de darlas a conocer por diversos motivos: primero, por habérselo prometido así a mi amigo Hans; el segundo, porque, como ignoro los detalles más precisos de la muerte del griego, como igualmente lo que haya podido ser de la suerte de Hans, después de su partida de Marsella, no puedo constituir una novela con estos solos y pobres elementos.

Y, como por otra parte, el lector sentirá deseos y curiosidad de conocer, lo que le sucedió al pobre Franz Burner, daré el contenido de las pocas páginas que han quedado de lo que escribió Agatha Harmopulos...

He introducido algunas correcciones, pocas, en el estilo, un tanto obscuro, y conservado los hechos todos y como sucedieron, los ofrezco a la consideración del lector...

## V

«...y fué en un viaje por Oriente, (1) donde conoció a la fatal mujer que había de dar triste fin a su floreciente juventud, y al ya considerable caudal de sus conocimientos, pues al lado de mi padre, Franz adquirió una gran cultura, iniciándose en varias de las ciencias que mi padre poseía: la Química, la Astronomía y las Matemáticas. Era muy grande el amor que sentía Franz por todo género de estudios, y, a pesar de su indefinible carácter lleno de tristeza y constante enojo, había en él un artista, una gran alma y un sólido espíritu capaz de comprender los grandes problemas de la humanidad.

«Mi padre ha recorrido casi todo el mundo. Y en sus frecuentes viajes le acompañaba Franz, que había llegado a ser su «alter ego», por su discreción y su bondad de sentimientos.

Cierta tarde, en Constantinopla, acudió a la consulta de ciencias ocultas, que mi padre tenía establecida en la capital de Turquía, una dama de porte majestuoso, cuyo rostro cubría con un tupido velo de encajes. Eran frecuentes las visitas de señoras que recibía mi padre. La mujer siempre tiene gran curiosidad por conocer el porvenir, sin importarle un ardite el presente; mucha mayor curiosidad que el hombre. La ciencia de mi padre era un verdadero oráculo de Delfos: su visión del futuro de las personas era tan concreta, tan exacta, que producía asombro.

«La dama en cuestión, que a juzgar por los brillantes que ornaban su fina y aristocrática mano, debía ser persona muy principal, permanecía unos momentos encerrada a solas con mi padre, sin descubrir jamás su rostro ni a la entrada ni a la salida del aposento.

«Esta escena repitióse varias tardes. Siempre a la misma hora, un carruaje tirado por dos hermosos caballos negros, paraba a la puerta de la casa. La señora encubierta, descendía y pasaba rápidamente al vestíbulo. Después de unos momentos de espera, si mi padre tenía visita, la señora era introducida en aquel santuario de la ciencia oculta... «Franz era quien en su calidad de ayudante de mi padre, tenía la misión de recibir las visitas.

«Pues bien; cierta tarde en que la dama parecía más agitada que de costumbre, Franz debió sorprender su rostro por entre los pliegues del velo de encaje; y debió parecerle singularmente hermoso, pues desde aquel momento una llama de pasión

(1) La narración aparece cortada en la página diez y seis. Ignoro por completo lo que se haya podido decir antes de la vida, carácter y sentimientos de Franz Burner.

brotó en el pecho del joven.

»Aún conociendo el carácter de mi padre, poco amigo de participar a nadie de sus secretos, Franz se atrevió a inquirir quien era la dama encubierta. Y mi padre, que sentía un verdadero cariño por el muchacho, se lo comunicó, aunque extrañado de la novedad de la pregunta.

»Era la esposa de Mr. Haword, ingeniero inglés, comisionado por el Gobierno de su país para realizar algunos estudios e investigaciones científicas en Constantinopla...

»El matrimonio Haword se hallaba un tanto distanciada en sus relaciones y armonía conyugales, toda vez que mister Harry Haword, un británico vehemente como un Lord Byron, joven y de gallarda apostura, estaba perdidamente enamorado de una ballarina de rara hermosura que conoció en uno de los lugares de recreo de la capital turca...

»Y mistress Haword, que se había casado profundamente enamorado de su marido y que le amaba de un modo extraordinario, puso en juego los mil medios de que se suelen valer las mujeres en estos casos para atraérselo al hogar.

»Pero el enamorizo Mr. Haword, estaba cada vez más loco por la bella Srymia, y no hacía el menor caso de su joven esposa, gastando en locas orgías su pingüe sueldo. Y esto es lo cierto que Franz, desde el momento mismo en que tuvo la fortuna, o más bien la desgracia de ver el bello semblante de mistress Katie Haword, se perdió para siempre. El sentimiento que nació en su espíritu adquirió una potencia soberana... Hizo la corte a esta mujer durante algún tiempo. Y aunque ella, en un principio, por puro despecho, parecía prestarle alguna atención, volvióle la espalda despreciativamente cuando el muchacho, con loco apasionamiento, la declaró su insensato amor...

»Durante algún tiempo anduvo desatinado, con la idea fija en aquella mujer, y forjando mil pensamientos de venganza: mataría al marido, a ella, y después se mataría él también...

»Más le aquí que un día, el matrimonio Haword desapareció de Constantinopla. El ingeniero había recibido órdenes apremiantes del Gobierno inglés, para que regresase a Londres, y la señora Katie dió gracias al cielo por esta providencial orden de regreso que la dejaba libre de su rival. Cuando Franz supo la partida de aquella mujer, se puso pálido como un cadáver, y los dientes le rechinaron de cólera y angustia. Habló insensatamente de seguirle, presa de una gran exaltación; pero mi padre logró disuadirle y hacerle comprender lo inútil de aquella persecución. Pareció resignarse, pero una idea constante rondaba su espíritu, atormentado por el recuerdo de aquella mujer, cuyo rostro viera un funesto día...

»Una mañana Franz acudió a la habitación donde se hallaba leyendo mi padre; y, arrastrándose por el suelo, como un perro, con lágrimas en los ojos y poseído de la mayor desesperación, le imploró que le permitiese regresar a Europa.

»—¡Quiero verla y matarla!...—decía el infeliz gimiendo.

»Mi padre, emocionado por los sufrimientos del joven Franz, le prometió que antes de tres meses regresarían a Europa, e irían a Inglaterra.

»El muchacho, besó conmovido la mano de mi padre y le dijo que si le otorgaba aquella que era la única ilusión de su vida, su alma le pertenecería...

## VI

»Durante los tres meses que faltaban para el regreso al continente europeo, Franz pareció volver a su estado normal. Pero yo me engo la seguridad de que el joven sufría atrocemente. Su mirada era brillante, como la de las hienas en el corazón de la «brausse»... La idea de la venganza y del suicidio alternaban en aquella mente calenturienta, y mi padre hubo de vigilarle

muy estrechadamente para evitar que cometiese alguna locura.

»A medida que avanzaba el plazo concedido por mi padre, la vida parecía alejarse de aquel ser: su voz se hizo brnca y a veces débil como la de un niño; sus ojos perdieron aquella brillantez de luz interior, y toda la agitación ir... de Franz se manifestaba por la celeridad nerviosa con que ejecutaba las cosas, y por el odio adquirido por los estudios, que antes eran su mayor placer.

»Sólo faltaba un mes y medio para cumplirse el plazo prometido por mi padre, cuando este hizo un doloroso descubrimiento. Entre los frascos de medicinas y narcóticos que guardaba para sus experimentos, y a cuyo cuidado, como de todo, estaba exclusivamente Franz, había un gran frasco de cristal esmerilado que contenía una considerable cantidad de sales de morfina. Hubo de necesitarlo mi padre, para anestesiar a un enfermo pues siempre ha ejercido funciones médicas, y pidió el frasco a Franz.

»Este, palideció de un modo horroroso, y quedóse clavado en el centro de la estancia sin ir en busca del frasco. Alarmado entonces, mi padre le interrogó, sin obtener la más leve respuesta... Y con mayores temores aún, corrió mi padre al laboratorio, y el frasco de las sales de morfina había desaparecido...

»Ya era tarde: aunque mi padre obligó severamente al muchacho a que le entregase el frasco, Franz, riéndose estúpidamente y haciendo mil gestos de idiota, no quiso soltar su preciosa presa. Se debatió como una furia, cuando mi padre logró arrancarle a viva fuerza el frasco casi vacío y echando espumarajos por la boca, como un poseoso, cayó desvanecido al suelo...

»Tres días duró la crisis; pasaba las horas en un completo «delirium tremens», profiriendo mil amenazas contra mistress Haword. Después de aquellos tres días de locura, parecía haber sanado por completo. Pidió perdón a mi padre por los excesos cometidos, y, lleno de ansiedad, le interrogó si podía anticipar la fecha del regreso a Europa...

»—¡Moriré muy pronto!... decía el desdichado—; y antes de morir quisiera verla, maestro...!»

»En ocasiones, Franz permanecía largo rato en un rincón rumiando lentamente sus eternas amenazas de muerte; y, al alzar mi padre la vista, sorprendió una sonrisa que vagaba por los labios lívidos del muchacho: era esa sonrisa de los locos... Mostraba sus dientes blanquísimos fuertemente apretados, y su mirada volvía a tener siniestros fulgores en la penumbra del rincón donde se hallaba Franz.

Otras veces se levantaba de improviso, terriblemente excitado, como acosado por una violenta pesadilla, y con la vista perdida, los ojos vidriosos y con las manos puestas sobre la tabla del pecho, daba largos paseos a lo largo de la habitación; de pronto salía violentamente de la estancia, y se encerraba en su cuarto. Al poco rato salía, y una sonrisa de triunfo, de consuelo, florecían en sus labios exangües...

»Una de estas veces, mi padre le siguió, sin que Franz se diese cuenta de ello. Y desde la habitación contigua, a través del ojo de la cerradura, vió como el joven extraña cautelosamente de uno de los cajones de su mesa, un frasquito que contemplaba con mística adoración, besándolo lentamente y llamándole nombres muy tiernos...

»Y después, levantado las mangas de su camisa Franz aplicaba la lengua de fuego de la jeringuilla de Pravaz sobre su escuálido brazo izquierdo, que estaba moteado de picaduras como de mosquito. El brazo del muchacho estaba verdaderamente acibillado de pequeñas heridas negras que resaltaban notablemente sobre su blanca carne.

»Quiso mi padre impedir que se aplicase la inyección; pero la puerta estaba herméticamente cerrada por dentro... Además, comprendió que todos sus esfuerzos serían inútiles... Más tarde lo haría...

»Ya tocaba a su fin el plazo concedido por segunda vez a Franz para regresar a Europa, y fin también el triste proceso de su locura, de su pasión y de su vida... El día antes de la salida de Constantinopla, Franz anduvo todo el día nervioso, arreglando las cosas para el viaje...

»Aquel día debió aumentar la dosis de morfina de un modo atroz...

## VII

»A la caída de la tarde, de una tarde triste, con esa tristeza poética y soñadora de Oriente, una tarde perfumada, tibia, amable para el estudio o la penitencia, Franz, se mostraba sumamente abatido, tal vez por el exceso de agitación de aquel día para su pobre organismo desequilibrado, o tal vez, tal vez no, seguro, por que se le terminaba su líquido tesoro de paraíso, como dice Baudelaire.

»Acurrucado a los pies de mi padre, como un niño, Franz dijo de pronto:

»—Maestro, ¿qué es la muerte?... Vos, que habéis muerto tantas veces debéis saberlo... ¡Decídmelo!... — Decídmelo, mi buen Harmopoulos, maestro querido!...

»Mi padre sonrió tristemente al considerar el delirio de aquel alma pura abrasada por la llama volúcea de una pasión de vértigo, y le dijo:

»—¿Por qué piensas en la muerte, querido Franz, ahora que vas a ver a esa mujer?...»

»—No, maestro; os engañais—respondió el infeliz con voz doliente—. ¡Yo no la veré jamás!...

»—¿Por qué?—interrogó mi padre inquieto—. ¿No dices que la amas?...

»—¡Sí, sí, la amaba mucho; pero era entonces...!—repuso el muchacho apasionado.

»—¿Y ahora, no la sigues amando?...

»—¡Oh, sí, sí, siempre!... Yo la amaré. Siempre...; pero no veré a Katie nunca más...

»Hubo un prolongado silencio. Las últimas palabras de Franz flotaban todavía en el espacio.

»—¿Qué es la muerte, maestro?—volvió a preguntar el joven con esa insistencia de los niños y de los locos—. ¿Es terrible?... ¿Es dulce?... ¡Decídmelo!...

»Y Franz se había abrazado a las piernas de mi padre temblando nerviosamente. Mi padre acariciaba sus rubios cabellos, ya encanecidos, y para distraerle de sus sombríos pensamientos le contestó:

»—No; mi buen Franz, la muerte no es terrible... Es el acto más importante de nuestra vida, justamente cuando esta se extingue... Pero, no, no es terrible...

»Anda, levántate, y dispón todo lo que falta... Pronto verás a Mistress Haword...

»—¡No, no la veré!—respondió por última vez Franz, y besando la frente de mi padre y la mía por primera vez en su vida, salió del aposento...

»A la mañana siguiente, habiendo transcurrido la hora del almuerzo sin que Franz se presentase, máxime teniendo que embarcar aquella tarde, mi padre corrió a su cuarto...

»Sobre la alfombra, en un charco de sangre, aparecía el cadáver de Franz. La sangre había brotado abundantemente, durante toda la noche, de una sangría que presentaba en su brazo izquierdo: se había cortado una vena, como Séneca y Petronio por orden del tirano... El tirano, en este triste caso, había sido la pasión de muerte por mistress Haword la dama del rostro encubierto, y el puro licor, cuyo frasco que lo contenía yacía en mil pedazos sobre la alfombra tinta en sangre...

# Apuntes

## EL PROCER QUE ATENTO CONTRA EL POBRETE

Por DOMINGO DE FUENMAYOR.

Uros cuantos meses después de haber celebrado la Humanidad cualquier fiesta terrenal, el Carnaval especialmente, ocurría siempre lo mismo en aquel departamento ultraterrenal: una abundancia de pedidos verdaderamente abrumadora.

Don Angel Seraffín, jefe del negociado encargado de enviar las almas a los cuerpos, no es extraño, pues, que echase chispas aquella mañana, por cada uno de sus entorchados de personalidad celeste-administrativa. No había para menos. El mismo—léel, Señor con toda su categoría!—tuvo que trabajar prácticamente, que no dirigiendo a los subalternos, como de ordinario.

Y no era cosa sencilla el trabajito, crean ustedes, pues que casi todos los males que la Humanidad sufría, eran debidos a confusiones en el negociado de don Angel Seraffín, el enviar las almas a los cuerpos que esperaban en la tierra. A veces recibía un alma de tonta rubia el cuerpo del hijo varón de un atleta; o, viceversa: el cuerpecete de la hija de una poetisa pretuberculosa, era adquirido por el alma destinada al primogénito de un sargento de Carabineros.

No es extraño, pues, que don Angel Seraffín pusiese sus tres o cuatro sentidos de que disponía al servicio de su cometido. Pero no lo es, tampoco, que pudiera sufrir alguna que otra equivocación, habida cuenta de su mengua de práctica en los trabajos materiales de expedición de espíritus.

Y se equivocó, desgraciadamente. El alma destinada al hijo que esperaba impaciente la marquesa de la Puerta Excusada, condesa de Altos Humos y baronesa de Tercios Caídos, fué recibida por el cuerpo del hijo de Pepeta Pérez, «aliada» de Juanón «el Narices», quincenario convencido y traficante, a veces, en trajes y mozas usadas. Y no hay que decir que, el alma depravada del hijo de tal padre, fué a parar al vientre, tantas veces noble, de la señora marquesa, condesa y baronesa.

\*\*\*

En verdad, nadie, ni el propio jefe del negociado de expedición de almas, pudo apercibirse entonces ni luego de la equivocación. Cuando en el momento oportuno, no señalado aún por sabios ni legisladores, cada alma uniése con el cuerpo que no le pertenecía, se debió encontrar tan ricamente en él, por cuanto los dos niños nacieron como suelen nacer casi todos los niños: llorando.

A los pocos meses, el niño noble llamaba a su señor padre diciéndole «tatá», y de igual extraña manera nombraba el plebeyo a Juanón, «el Narices». A tanta distancia social como estaban, los dos niños precedían lo mismo y habían las mismas necesidades; si bien era, claro, mejor atendido el cuerpo del rico que el del pobre, con lo cual salía gananciosa el alma del pobre, tan ricamente aposentada.

No fué muy larga la infancia, ni lo fué tampoco la felicidad de nuestros dos héroes. El cuerpo del rico, recto y bien cuidado, venció bien pronto el alma del pobre, noble y sencilla; mientras que el alma del rico, ilustre y soberbia, vencía en seguida al cuerpo mal nutrido del pobrete.

Bajo la sombra de sus apellidos y sin preocupaciones espirituales, no hay que decir cuanto medró en la vida el ricachón. Ni cuanta fué la desgracia del mendigo, cuya única fortuna era una alma bella.

Al rico, le hicieron prócer; y se hizo anarquista el pobre. Y un día, llevado del fuego de sus ideas, mal digeridas, el pobre disparó cinco tiros sobre el rico, matándolo.

Pero, en realidad, como fué su alma la que lo mató, no debería haberse condenado al anarquista por la muerte del prócer. Cuando más, lo que hizo el anarquista fué suicidarse, matando a su alma, que llevaba otro. Mas, como ya hemos dicho, que ni don Angel Seraffín se dió cuenta del error sufrido en su negociado, nunca se supo la verdad, y el pobre fué cercenado en la guillotina.

Únicamente parece que, al cortarle la cuchilla el pescuezo, salió un chorrito de sangre azul....

# ESPAÑA ADELANTE

## Llega el maestro

Por LUIS BELLO

### PRIMER DIA EN LA ESCUELA

En la Sierra de Guadarrama, es decir, en uno de los últimos escondrijos del mundo, donde el aire es fino, sutil, limpio, mientras la vida es primitiva, hasta, miserable... Para los ojos, una de estas navas pedregosas, con sus prados de un verde joyante e infantil, resguardadas del cierzo al abrigo de las peñas, será siempre descanso y recogimiento. Para el alma del viajero errante, por placer estético de emociones remotas, será un remanso maravilloso. Para el maestro nuevo que llega con su baulito, unas ideas revueltas en su cabeza y unos sentimientos expectantes en su corazón de veinticinco años, ¿qué será?

El cielo más alto del mundo. El horizonte más sombrío. Y unas pobres gentes, desconocidas para el recién llegado, que viven en esas casitas bajas arropadas como un rebaño, bastante sólidas para que el viento no se las lleve, bastante anchas para meterse en ellas con sus cuatro trastos y sus siete pecados capitales.

...Cumbres de Guadarrama o de Fuenfría, ceñudas al nacer de la mañana, ceñudas al morir el breve día...

Y he sentido, quizá como un presentimiento, el peso de esa mirada ceñuda—sin razón—de esa prematura e innecesaria severidad. ¡Dejadle demostrar que es bueno, generoso, cordial; que viene lleno de entusiasmo y que ya os considera un poco suyas, como si a pesar de vuestra vejez, de vuestro

tra grandeza ingente y de vuestro ceño formaseis parte del menaje de su escuela!

Porque, en efecto, el maestro nuevo es bueno y entusiasta. Como joven, quizá traiga demasiados pájaros en la cabeza. Son las ideas recién aprendidas, las lecturas frescas. Pasa con éstas lo que con las pinturas de los muebles. Si hemos de utilizarlos, aguardaremos a que todo se seque y se asiente bien. Por eso cree que el mundo entero le pertenece; no para él, sino para entregárselo a sus discípulos. Desde las flores silvestres del pradillo hasta las tormentas de la Maliciosa, su compendio del universo ha de servirle para enseñar.

Un maestro deberá hacerse, moldearse lentamente. No bastan los tres o cuatro años de estudios. La carrera es breve. Aprender, bien aprendidas, las nociones elementales, de modo que no haya vacilación al transmitirlos. Adquirir la seguridad absoluta de las cosas ciertas y rodearse de esa aureola de verdades inconcusas, tan necesarias a la inteligencia y a la ciencia del maestro. Esto no será lo más difícil. Lo más difícil no será aprender lo que un maestro tiene que enseñar a los niños, empezando por aprender a conocerlos.

Porque no basta tener cultura; no basta siquiera ser pedagogo. Maestro es mucho más. Pedagogo será quien sepa Pedagogía y maestro no lo es todo el que tenga maestría, sino el que acierte y quiera y pue-

da, por muchos años, ejercitarla. Para enseñar Pedagogía, como para profesar en cualquier disciplina, bastan el talento y la aplicación. Un maestro, verdadero maestro, no puede sembrar sus deberes a voleo desde lo alto de su tarima, como hace desde su cátedra el profesor. Tiene que ejercitarse en el trato con sus alumnos; educarlos, despertarlos, encaminarlos, unas veces con atención paternal—casi maternal—otras con rigidez y dureza de capitán instructor. Y ¿Quién es capaz de asegurar, por anticipado: «Tendré paciencia»? ¿Quién responde de su propia bondad, de sus nervios? Y, sobre todo, ¿quién se atreverá a prometer—ni siquiera a prometerse a sí mismo—que oficiará siempre su trabajo con amor, sin cansarse, sin desmayos, año tras año, en una faena que no tiene ritos o, por lo menos, no debe tener ritos formularios para repetir mecánicamente, en frío; sino que toda ella está compuesta de acciones entusiastas?

Este maestrillo nuevo se puso a prueba en ocasiones dolorosas, luchando con la vida. A nadie debe lo que es, poco o mucho. Pudo seguir otro camino y eligió éste. Ni sacerdote, ni soldado, ni burócrata: maestro, nada más. Tiene motivos para confiar en sus propias fuerzas y para aguardar la entrada de sus primeros discípulos, seguro de que un hombre bueno lleva ya mucho terreno adelantado para ser un buen maestro.

# RESPECTO AL PORVENIR

Por LUIS DE ZULUETA

La semana pasada fué, en Madrid, la Semana del Niño. Con este título organizó la Mutualidad Obrera una serie de conferencias en la Casa del Pueblo, abiertas por el señor Cossío, nuestra más alta personalidad en el campo de la educación, y cerradas el domingo último por Julián Besteiro. El primero de estos dos profesores habló de «El niño y el juego»; el segundo de «El niño y el trabajo». Entre el juego y el trabajo, los dos polos de la actividad humana, eje de la vida,—el sublime esfuerzo del pensador o del artista es, a la vez, titánico trabajo y libérrimo juego... otros temas referentes a la infancia fueron expuestos por los sucesivos conferenciantes. El público rebosaba todos los días del local y escuchaba con sostenida atención.

Es indudable... Sí, como afirmaba Goethe, nada hay, para el hombre, tan interesante como el hombre mismo, cabría añadir que, para nuestra época, lo más interesante en la humanidad es la niñez. Después de todo, nuestra época procede con interna lógica. Cuando se creía que en la Historia, el pasado fué mejor que el presente, y que, después de una primitiva edad de oro, el mundo había degenerado, resultaba natural que, también en la vida del individuo, se prefiriese la senectud a la puericia.

Pero hoy se tiende más bien a pensar que el presente es mejor que el pasado, y que, sin duda, el futuro será mejor que el presente. Lógico, es pues, que nos volvamos con especial simpatía hacia la infancia, que, en la vida individual, encarna y representa el futuro. Si el mañana ha de valer más que el hoy, el niño vale más que el adulto. Sabemos que jamás, en el pasado, existió una edad de oro. La edad de oro es sólo un anhelo de nuestro corazón. Réstanos la esperanza de aproximarnos un poco a la edad de oro en los siglos venideros.

Nosotros fuimos educados en el respeto al pasado. En efecto, el pasado es respetable. Nada de lo que fué deja de ser completamente. Pervive en el fondo de nuestras al-

mas. Honremos, sí, esas cenizas sagradas de la llama inmortal de la vida. Venerable es la ancianidad, la tradición, la misma muerte; venerables los recuerdos históricos y las grandezas pretéritas.

Mas, a la vez que cultivamos, en este sentido, la noble virtud del respeto, practiquémosla también de cara a las cosas futuras. Ejercitémos el respeto al porvenir. El niño es tan respetable como el anciano. El enigma de la semilla tiene derecho al mismo respeto que la melancolía de la flor que se deshoja... Las ideas nuevas, las nacientes estructuras sociales no merecen, por cierto, menor reverencia que las ideas arcaicas y las formas de vida colectiva envejecidas por el paso de los siglos.

Sin excesiva paradoja cabe afirmar que nuestra época ha hecho el maravilloso descubrimiento de la niñez. Antaño, en cierto modo, la niñez no existía. Sólo existía plenamente la llamada edad madura, una antiplanicie firme e inmóvil, en la que suponía que el hombre llegaba a su perfección. La infancia carecía de valor por sí misma; valía sólo como una preparación o esbozo de la futura virilidad. La otra vertiente de la existencia, la vejez, tampoco parecía ser más que una simple decadencia o regresión de aquella altiplanicie de la madurez. Hoy, en cambio, se ve, que la vida es un fluir constante, una perpetua evolución, no se detiene en la quietud de la madurez, porque, en cuanto no se avanza, ya se retrocede, y en cada edad, desde la cuna a la decrepitud, se va avanzando en unas cosas y retrocediendo en otras. La niñez, lo mismo que cada uno de los otros momentos vitales, tiene su propio valor, su sentido propio, y cuanto más niño sea ahora un niño, será después un hombre más hombre.

Respeto a la infancia. Respeto al porvenir. La primera condición del respeto consiste en dejar que cada ser, cada principio espiritual, se desarrolle normalmente, libremente, según su propia naturaleza. No nos obstinemos en encerrar al porvenir dentro

de los moldes estrechos del presente, y mucho menos dentro de los gastados moldes del pasado. La Naturaleza no se agota. El molde roto vuelve a ser arcilla, barro propicio a recibir el nuevo soplo del Espíritu. No nos empeñemos en que la generación que ahora viene se limite a seguir nuestras huellas y a imitar nuestras obras. Ninguna generación debe copiar a la precedente porque la vida no es un plagio, sino una creación.

Y si ninguna generación debe copiar, menos que ninguna ha de hacerlo la generación que hoy se halla en la infancia. Como Besteiro apuntaba en su conferencia, estos niños que nacieron en medio de una intensa crisis mundial y que, gracias al admirable progreso de la mecánica, dispondrán de medios de acción como no los pudo soñar hasta ahora ninguna otra generación humana, están en excepcionales condiciones para dar un paso de gigante en el camino infinito, en cuyos bordes, un poco antes, un poco después, todos nosotros, los hombres de hoy, nos iremos quedando... Hace unos días se clausuró en Madrid la Exposición de Aeronáutica, entre cuyos visitantes, no escasearon tampoco los muchachos. ¡Qué horizontes nos abre una época en la que, cuando el niño aprende a andar, puede también aprender a volar!

«Yo querría—afirmaba el presidente Wilson cuando era rector de la Universidad de Princeton;—yo querría hacer a los jóvenes de la generación nueva tan distintos de sus padres como fuera posible, porque los padres, ya llegados, ya cansados, no suelen simpatizar con las fuerzas que crean, que forman, que hacen avanzar a la sociedad... Tal decía el augusto profesor de Derecho.

Aprendamos todos con la sugestión de esta Semana del Niño, a respetar esas fuerzas creadoras, ágiles propulsoras de nueva vida, para que, aun en las peores horas de desaliento en las que dudáramos del presente, podamos mantener intacta nuestra fe en el porvenir.

# LA SEGUNDA EXPEDICION DE CATALANES A ORIENTE

Por CASIMIRO GIRALT

XVII

Las mil y pico de noches.

¿Has imaginado alguna vez, lector, un idilio amoroso en el cual actué de protagonista un bajo cantante? A mí, lo confieso sinceramente, no me ha pasado nunca tal cosa por la imaginación.

A un bajo cantante, un gigantón, por lo regular, de más que sólida arquitectura, casi siempre, no cabe imaginárselo con los ojos en blanco y la diestra mano sobre el corazón, haciendo a lo Romeo, a lo Abelardo, a lo Leandro, protestas amorosas a una tierna y enamorada doncella de ojos azules, de trenzas de oro, candorosa como un niño y pura como un ángel.

La voz de bajo, estremecedora y retumbante, me ha parecido siempre vehículo poco a propósito para transportar del corazón a los labios tiernas y amorosas palabras.

Figúrate, lector, el susto que se llevaría la niña ante un arrebato pasional del galán pongo por caso, como el siguiente:

—Te quiero con toda mi alma y juro adorarte hasta que mi corazón exhale el último suspiro!

El último latido, naturalmente, no iba a esperarlo la casta doncella. Asustada por el estruendoso juramento del galán, es de suponer, que echase a correr como alma que lleva el diablo.

Pues, no señor, ocurre con esto, lo que con muchas cosas en la vida. Quiembra la lógica y se produce lo anti-racional, lo absurdo. Confieso el error en que viví siempre, respecto a este punto. No me da vergüenza confesarlo. El bajo cantante de la compañía me sacó de él. ¿Cómo? ¿Cuándo? El «Abasiach» seguía su ruta felizmente hacia el Pireo. Bajo la toldilla del buque, en animado grupo, conversaban algunos artistas de la farándula barcelonesa.

Llevaba la voz cantante el bajo, no menos cantante de la compañía. Narraba una fantástica historia de amor, de la cual, él, había sido protagonista en Alejandría. Un protagonista trágico como un héroe de Sófocles.

Ella, la heroína, contaba escasamente quince años. Como su padre, como sus tres hermanos, había nacido en Siria. Vivía en el principal de la casa en donde fué a parar nuestro artista.

Se conocieron, no importa cómo. Se amaron. Se juraron fidelidad eterna. La jovencita se pasaba el día del principal al bajo. El idilio seguía su curso plácidamente. Un día aciago, sus amores no fueron ya un secreto para el padre y los hermanos de la joven.

Los sirios se encendieron en justa cólera. El bajo no pudo apagar su ira. La enamorada doncella fué entregada secretamente a un Bey poderoso e inmensamente rico.

—Es preciso—añadía animadamente nuestro compañero,—que transportéis vuestra imaginación uno de esos suntuosos palacios de Oriente. Figuráos un salón inmenso; mármoles, sedas, tapices pebeteros, esclavas, odaliscas, un león domesticado, una pantera y una araña... en el techo. Fuera, el lago, negro la tierra roja; el cielo azul, la luna amarilla... Camellos, elefantes, palmeras... El Bey, to-

dopoderoso, en su trono de almohadones y a sus pies, más muerta que viva, mi adorada prometida. Balla una bayadera hermosísima, ¡vaya bayadera!...

Aquí se interrumpió el bajo para tomar aliento. Todos los presentes le mirábamos con cierta estupefacción. ¿Se habría vuelto loco?

Y prosiguió:

—Los pebeteros lanzan espirales perfumadas. Una esclava rubia. Otra esclava africana. Al lado de la Africana, la Favorita. ¿Se imaginan ustedes la escena? ¿Están ustedes transportados? Pues bien,—prosiguió heróico,—en ese gran salón del palacio del Bey, penetré yo, derribando cuanto se oponía a mi paso, y a viva fuerza, empujando mi pistola, cargué con mi doncella y me la llevé sin encomendarme a Dios ni al diablo. Varios disparos atemorizaron a todos, sobre todo a los eunucos, y mi huida fué más fácil de lo que cabía esperar.

—Pero ¿es horrible?—objetó uno de los presentes.

—Como os lo cuento. Deposité la doncella en casa de una parienta lejana,—quince kilómetros de Alejandría,—y allí espera mi regreso para llevármela a España en cuanto termine mi contrato.

La voz del bajo, se había hecho más profunda, como salida de una caverna. Lleno de emoción, derribado materialmente en el sillón, desmayada la cabeza entre las manos temblorosas, se abismó en sombríos pensamientos. Le contemplamos en silencio, respetando su dolor.

A los dos minutos dormía profundamente. Un estrepitoso ronquido nos hizo soltar la carcajada. Su fantástica narración, era producto de... una formidable merluza que había pescado el infeliz.

Me separé del grupo riendo. Eché a andar sobre cubierta. Mis ojos, ante la maravilla azul del cielo y del mar—toda una sinfonía en azul mayor,—se cerraron deslumbrados.

El mar,—azul de cuento de hadas—recortaba a lo lejos el horizonte en una línea impecable, sobre la que cabalgaba una nubecita con transparencias de encaje e erisaciones de nácar...

Volaban unas gaviotas... La brisa azotaba los débiles vestidos y como minúsculos dedos invisibles hormigueaba el rostro, las manos, el cuerpo, en una caricia infinita, que era posesión rotunda de la carne toda.

En la proa otro grupo de artistas españoles, escuchaba atentamente al bailarín. Contaba éste una patética aventura, ocurrida también en Egipto, a una bailarina española que llegó allí hace algunos años.

Decía:

—Ignoro su nombre. No supo decirme lo quién me contó sus aventuras en el Cairo. Una especie de sultán se enamoró de ella y la secuestró. Despechado por el desamor de la muchacha, la encerró en una torre de su castillo. Y allí la tuvo cerca de dos meses a pan y agua.

La estancia era lóbrega.—prosiguió melodramático.—Los chacales amaestrados la vigilaban de día y de noche. Los ojos fosforescentes de una serpiente enorme, brillaban

en la sombra. Dos esclavos negros eran sus carceleros. El uno se llamaba Al Jafé, que quiere decir «Viento fresco». El otro se llamaba El Jafé. La joven intentó sobornarlos. Ello le fué fácil con «Viento fresco» pero se encontró a El Jafé, puro... fiel a su amo.

Carcajada general entre los oyentes, señoritas del conjunto, la mayoría. Público por lo tanto, fácil y casi tan benévolo como el de Muñoz Seca.

Y prosiguió impertérrito:

—Una noche, El Jafé caía cosido a puñaladas y poco después la valerosa joven descendía de la ventana por una escala de cuerda. Abajo la esperaba un bulto.

—¿«Viento fresco»?—interrumpe una niña con cara de pierrot.

—Sí. La joven, trémula de emoción, se cogió de su brazo y se marchó con «Viento fresco».

Agresión general. Una cesta de labor, varias naranjas, una zapatilla, una «combinación» y el gato de a bordo. Fueron arrojados al procaz bailarín, en justo castigo a sus malhadados chistes.

—¡Esperad! ¡No terminé!—gritó como un energúmeno, aguantando el chaparrón.

Se restableció el silencio. Y el narrador prosiguió heróico:

—A la mañana siguiente, el Sultán se encontró con El Jafé helado... y con que la paloma había volado. El Sultán, entonces, llamó a su consejero. O Jafé, que quiere decir «Pies de plomo» y desde aquel momento fué su vida la de un hombre prudente y generoso. No se separó jamás de su sabio consejero. Anduvo siempre con «Pies de plomo».

La indignación estalló mayúscula. Las muchachas se abalanzaban sobre la borda con objeto de hacer naufragar el barco. Inútil decir que no lo consiguieron.

Me separé del alborotado grupo. Volví a mi paseo. Un punto casi imperceptible, primero, una manchita opaca, después, se destacaba en el horizonte.

Más tarde, una pequeña isla griega, como dormida en el infinito del mar, apareció a mis ojos, bajo la pompa azul del cielo. Unas montañas de línea suave, sobre las que se empinaba un picacho fanfarrón, componían el todo de la isla.

Fué, entonces, que me dí a pensar, ante las fantásticas narraciones que acababa de oír, que la fantasía oriental no reside seguramente en Oriente, ni en los extranjeros que residen eventualmente en el país.

Aparece en éstos en razón directa de la distancia que los separa de Oriente. A nuestra llegada a Barcelona, habría fácilmente de comprobarlo. La agudización de la fantasía en mis compañeros llegará seguramente al máximo en las Ramblas. El que menos de nosotros, más oriental que un tapiz, iba a dejar estupefactos a sus compañeros y a las famosas narraciones de las mil y una noches...

Sonref... De nuevo, el cielo y mar, las gaviotas amigas y otra vez la isla griega, un punto casi imperceptible en el horizonte. Y la estela del buque, en el manto de las aguas, como un girón de encaje blanquísimo...

## ESBOZOS OLOTENSES

# EL PAISAJE

Por JOAQUIN VAYREDA AULET

Dejad la populosa capital de Catauña por la línea de Francia que lleva a Port-Bou o por la del Norte que conduce a San Juan de las Abadesas.

Si lo hacéis por la línea de Francia, llegáis hasta Gerona. Tomad el tren minúsculo, familiar y cachazudo; admirad de paso las bellezas de la vega de Anglés y la Sella, la presa del Pasteral y las escabrosidades del valle de Hostoles, y, a los resoplidos de la pequeña locomotora, alcanzad la cima del Collado de Bas, que atravesaréis por un corto túnel de unos doscientos metros.

Si es por la línea del Norte que abandonasteis Barcelona, después de atravesar el Valles y el Llano de Vich, frío y brumoso, apeaos en San Juan de las Abadesas, final de línea. Allí podéis admirar, si el tiempo os sobra y el gusto es vuestro, bellas muestras de arquitectura románica, y tomando después la carretera de Olot, subid, subid siempre hasta el Collado de Santigosa, y desde allí, como desde el Collado de Bas viniendo por la otra parte, os asomaréis al más espléndido balcón que pudiéseris soñar en vuestra vida. Es el llano de Olot. El paisaje de Olot que os dominará en seguida, os atraerá con irresistible fuerza y os hará caer en sus propios brazos con una especie de enervamiento sensual, embriagándoos de olor a hierba fresca.

Por un lado divisaréis los altos picos pirenaicos, las cimas de Bessagoda y del Mont por otro. A levante las sierras de Batet, las del Corp a mediodía y a poniente las abruptas peñas de Falgás y Puigsacalm. Al fondo, valles risueños y apacibles, montes de origen volcánico muchos de ellos, ríos rumorosos, caseríos, mansos y pueblecitos dispersos como rebaños pasciendo y en el

centro, la ciudad de Olot, plácida y señorial con matrona entre sus hijos, luciendo la aristocrática diadema de su templo parroquial.

Mucho se ha escrito de Olot y por plumas más diestras y mejor templadas que la nuestra. Pero séanos permitido una vez más unir nuestra voz al himno que de consuno entonan perennemente el arte y la naturaleza, al vibrar de cuyas estrofas se han fromado en este solar los artistas y los sabios, los políticos, los literatos y los poetas.

Con razón alguien llamó a Olot, la Atenas Catalana. En efecto; pocas poblaciones hay que puedan presentar un cuadro tan completo de hombres que se hayan destacado en las diferentes ramas de la actividad humana. Las Ciencias, han tenido aventajados cultivadores, recios creadores de riqueza las industrias, maestros consumados las Bellas Artes.

¿Puede influir, influye en realidad la acción del paisaje en esta bella floración de hombres? Nosotros creemos que sí. Dícese que el hombre es hijo de las circunstancias. Si de tal forma, influyen las circunstancias en la vida humana, en la comarca olotense, forzosamente habrán tenido que influir las circunstancias de lugar, es decir, el paisaje, el ambiente, la luz, todo cuanto rodea al hombre en este país arcadiano.

El agua tiene una preponderancia especial en el país olotense. A cada punto, fuentes abundantes, riachuelos sonoros, remansos de una placidez de ensueño, cambios de nivel sino bruscos, muy pronunciados. Todo rezuma agua, la humedad impregna el paisaje, puede decirse que tiñe las plantas y las tierras, los árboles y los campos. Así no es extraño que a beneficio de tan incompara-

bles condiciones, crezca una vegetación ubérrima, una flora variadísima, bella y pomposa.

Por poco que tenga el hombre culto, el instinto de lo bello o sienta afición a las ciencias naturales, es lógico que en el ambiente del paisaje olotense, sienta crecer esas aficiones e instintos, para los que la naturaleza le brinda ancho campo de estudio. Con certera intuición el obispo Lorenzana fundó en Olot la Escuela de Bellas Artes y al encontrar cauce por donde correr, bien pronto se despierta la afición al Arte y no pasaron muchos años sin salir de la Escuela, figuras que habían de llenar el mundo con la fama de sus obras. El pintor Joaquín Vayreda, el gran paisajista fué discípulo del segundo profesor de dicha escuela don Narciso Pascual, habiendo sido el primero el pintor-arquitecto don Juan Carlos Panyó que falleció en 1840.

La variedad, la belleza de la vegetación, influyó en aquellos que sentían afición a las Ciencias Naturales y así salieron Botánicos eminentes como Bolos y Estanislao Vayreda. Y para completar la trilogía de este apellido de hombres eminentes con orgullo hemos de citar el nombre de nuestro progenitor el pintor y sobre todo literato de recia estructura, Mariano Vayreda.

Bolos, Vayreda, Blay, Olará, Batlló, Paluziey he aquí una serie de nombres nunca bastante completa ni lo suficientemente ponderada.

Hoy, limitémonos a rendir un homenaje a la Madre Naturaleza que con su prodigalidad en la campiña olotense, ha despertado los sentimientos de cultura y belleza en todos sus hijos.

## La Catedral de Tortosa

Por MACARIO DE GOLFERICH LOSADA

Tortosa, en época musulmana tuvo una hermosa mezquita y todavía en el muro de la sacristía de la catedral, hay una lápida, en caracteres Kúfuos, en la que se da cuenta de la construcción del alminar en el siglo X. Sitió Tortosa el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV, apoyado por los genoveses, cuya escuadra mandaba el almirante Caffaro, y, después de largo asedio, rindióse Tortosa en 31 de diciembre de 1148 y transformóse la mezquita en iglesia cristiana bendiciéndola el arzobispo de Tarragona Bernardo Tord.

A mediados del siglo XIV dióse principio a la actual catedral, dentro el estilo gótico dominante en aquella época, y bajo planta de templo catedralicio con coro y sede. Así tiene tres naves de robustas y bien delineadas columnas en número de veinte, que en la girola o ambulatorio reducen sus huecos, formando el prebisterio con una serie de arcos cuyos nervios reúnen en una clave central de bellísima labra. En las capillas de la girola y muros de cierre del prebisterio, son de admirar, una serie de calados en dura piedra que más parece fino encaje hecho por manos de mujer. En el exterior y para compensar el empuje de la nave central de mayor altura que las laterales, hay unos finísimos arcos que sirven también, para desagüe, todo ello trabado de manera que dan al edificio catedral el tipo de fortaleza que con el castillo de la Zuda era lo que defendía la ciudad en la edad media.

Tiene el templo por Patrona a la Virgen María, cuyo retablo en la Capilla Mayor es

bellísima muestra de la talla catalana a fines del siglo XIV, recordando las obras de los orfebres catalanes en época de Pedro IV el del «Puñalet», y teniendo gran semejanza con la obra que ejecutó Moragas para la custodia de los Corporales de Daroca, y, a mi ver, cuando el altar-triptico conservaba su dorado y policromía, no debía tener menos vistoso efecto que el tan celebrado altar de la Seo de Valencia.

Los púlpitos son obra del siglo XVI, contruidos en piedra dentro del estilo gótico decadente, pero de muy buena mano, en particular los relieves de los Santos y profetas que las adornan. Es notable que este templo tenga por fuente bautismal, la taza marmórea del surtidor que el Papa Pedro de Luna, o sea, Benedicto XIII tuvo en su palacio de Peñíscola y en ella se ve el escudo de los Lunas supermontado de la tiara y llaves pontificias, todo de muy marcado sabor dentro del gótico valenciano del 1400. El coro fué entallado por Cristóbal de Salamanca, dentro del tipo del renacimiento plateresco, mostrando muy rico conjunto en el centro del templo y denotando la influencia de las escuelas de los Berruguete y Juny en el arte de Cataluña.

El claustro es de estilo gótico y hay empujadas en sus muros, infinitas laudas que recuerdan los cánones y protectores de la Santa Iglesia catedral de Tortosa durante los siglos XIV y XV. El aula capitular conserva aún el tipo ojival, pero tiene una ventana que con su estructura románico mu-

dejar, hace recordar las primeras construcciones de aquella canónica agustiniana. En el siglo XVII entró una verdadera fiebre constructora en la catedral de Tortosa, levantándose la fachada de gusto clásico greco-romano y la barroca puerta de la «Oliveira», bello tipo de nuestra arquitectura al finalizar la época de los Austrias, aun cuando en la capilla del Santísimo, es donde más se acentúa el carácter que adquiere el barroco catalán tan diferente del Sur de España.

Tortosa, fué, quizás, la ciudad que disfrutó de más franquicias, dentro de la liberal monarquía catalana aragonesa, conviviendo los moriscos con los tortosinos, tanto, que al decretar Felipe III la expulsión de aquellos infelices, vió Tortosa despobladas sus huertas, aunque pudo el cabildo catedral conservar a muchos como buenos y antiguos cristianos, de modo que el huertano de la ribera del Ebro conserva aún el clásico zaraguell tan peculiar de los moriscos españoles. Hoy en día la devoción de los tortosinos a su Patrona la Virgen de la Cinta, que venerase en la catedral, congrega una apiñada multitud, en la que sobrasalen los típicos trajes de los huertanos descendientes de aquellos que amparó el Cabildo y que parece que aún buscan en sus muros el apoyo que siempre la Seo de Tortosa ha dado a sus hijos.

El tesoro de la Catedral es inmenso, y su archivo guarda quizás tantos tesoros como su rica sacristía.